



www.loqueleo.com/ec

PALOMA

D. R. © Del texto: Jaime Homar, 2010

D. R. © De la ilustración de portada: Bruno Valasse, 2016

© De esta edición:

2019, Santillana S. A.

De las Higueras 118 y Julio Arellano, Monteserrín

Teléfono: 335 0347

Quito, Ecuador

Víctor Emilio Estrada 626 y Ficus, Urdesa Central

Teléfono: 461 1460

Guayaquil, Ecuador

ISBN: 978-9942-19-576-0

Impreso en Ecuador por Imprenta Mariscal

Primera edición en Santillana Ecuador: Julio 2013

Primera edición en Loqueleto Ecuador: Agosto 2016

Octava impresión en Santillana Ecuador: Abril 2019

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso escrito previo de la editorial.



JAIME HOMAR

loqueleto

Primera parte





La capilla del hospital estaba desierta. Era una capilla austera de ladrillo blanco, vidrieras azules y bancos desgastados. El quejido de las ambulancias sonaba lejano, como tamizado por el silencio del lugar. Paloma nunca había entrado en una iglesia. Siempre las miraba por fuera, indiferente. Tampoco esa mañana sentía ninguna necesidad de entrar, pero lo hizo. Se sentó en un banco del fondo, y al ver que estaba sola, se puso a pensar.

Su padre acababa de morir. No es que tuviera una relación muy estrecha con él, pero lo quería. Respetaba su vida de trabajador. Era muy callado, tímido y solitario. Rara vez habían hablado en serio. Su trabajo no le dejaba mucho tiempo. Ahora ya era tarde. Un padre ausente. Ya era tarde. Un padre callado. Ya era tarde. Un accidente de trabajo. Paloma todavía llevaba la mochila medio abierta. Había tenido que coger un taxi con el director del colegio. Luego, la sala de espera, el llanto de su madre, el ir y venir de las enfermeras y, por fin, la voz apagada del médico: nada que hacer.

Ahora estaba sentada en un lugar vacío, tan vacío como su mirada perdida. Le hubiera gustado consolar a su madre, intentar aliviar la fuerza de su pena. También le hubiera gustado llorar. Pero Paloma nunca dejaba aflorar sus sentimientos. Los encerraba con tanta vehemencia que ni siquiera sabía darles un nombre. Llegado el momento de expresar algo profundo, su semblante se reconcentraba sobre sí mismo, y se callaba. El silencio de Paloma. De pequeña, sus padres se habían inquietado, pero al ver que no sólo no tenía problemas en el colegio, sino que sacaba las mejores notas de la clase, olvidaron el tema. Quizá era el único rasgo que había heredado de su padre.

Se levantó y salió del templo. Su madre la esperaba fuera. Juntas volvieron a casa, caminando. La luz velada de otoño lo cubría todo con su blanco de nubes irreales. La gente se desplazaba deprisa. Al pasar junto al quiosco, Paloma se detuvo un momento para vislumbrar los titulares del día, pero sin prestarles gran atención. Hacía frío.

Llegaron a casa. Vivían en un estudio de cincuenta metros cuadrados, en el segundo piso de un bloque de viviendas del Estado, en el centro de la ciudad. Se componía de dos piezas separadas por un tabique, y un cuarto de baño. La habitación de los padres hacía las veces de sala de estar. Una estrecha barra americana permitía disimular un poco la cocina detrás del armario. Aun así, cuando alguien cocinaba, era imprescindible abrir las dos ventanas que daban al patio interior. En las paredes descoloridas colgaban un par de litografías de cuadros impresionistas. Pero sin duda lo más llamativo era la au-

sencia de televisión. Había sido una decisión conjunta. Cuando tenían ganas de ver una buena película, iban al cine. La cuestión es que Paloma se había acostumbrado a leer desde pequeña. También escuchaba música. A veces le costaba, sobre todo cuando comentaban algún programa en clase, pero se consolaba cada vez que veía la tele en casa ajena. En general, le parecía bastante tonto lo que daban, y se aburría. De todos modos, le gustaba mucho más la lectura. Tampoco había ascensor.

—Mamá, pase lo que pase, nunca te dejaré sola. Nunca.

—Paloma...

—Nos las arreglaremos juntas. Nunca te abandonaré.

—Hija mía...

—¿Sabes? He estado pensando, en la capilla del hospital. Si quieres, me cambio de colegio. No quiero ser una carga para ti. No hace falta ir a un colegio privado para salir adelante.

—No digas eso, pequeña. Seguro que nos dan una pensión por lo de papá. Ya sé que mi salario no da para mucho, pero tu formación es lo más importante para mí. No se hable más. Además, ya hace un mes que ha empezado el curso, y todavía no me has comentado nada. Eres tan callada...

—Hoy me salen las palabras. La muerte de papá.

—La muerte de papá. Siéntate a mi lado, aquí en la cama.

—Me da vergüenza no llorar.

—No pienses en ello: cada uno reacciona a su manera. Reclínate en mí. Has estado muy fuerte. Me siento orgullosa de ti.

—Mamá, no te enfades si no te cuento las cosas. Es que me cuesta mucho. Intentaré cambiar... Los compañeros de clase son los mismos que los del curso pasado, más una chica que ha repetido. Se llama Lara. Creo que su padre es inglés. También hay un nuevo profesor de Ética: Javier, muy simpático por cierto. Aunque los otros *profes* están un poco pesados, con eso de que empezamos el *bachillerato*, que hay que prepararse para la universidad... ¿Mamá? No llores por favor, no llores más —y Paloma la estrechó entre sus brazos.



A la mañana siguiente, Paloma se despertó a las seis, como de costumbre. Aunque su madre le había dicho que podía quedarse en casa si quería, no le gustó la idea. Le encantaba la aurora, y no le costaba despertarse tan pronto, siempre y cuando se hubiera acostado temprano la víspera. Tras una ducha rápida —un poco menos si se tenía que lavar el pelo—, se vestía sin hacer demasiado ruido, para no despertar a su madre. Luego desayunaba un tazón de leche caliente con chocolate, dos tostadas con mantequilla y miel, y un plátano. Después, siempre le quedaba un cuarto de hora para repasar los deberes del día. Por último, había que preparar la mochila y salir, sin olvidarse las llaves ni la tarjeta del autobús.

Cuando cruzaba el umbral de la calle, se encontraba con la oscuridad del alba, la tímida luz naciente y el fulgor declinante de alguna estrella extraviada. El aire frío azotaba su rostro, acabándola de despertar. Caminaba deprisa hasta la parada del 23, que pasaba con frecuencia a esas horas. En general, se sentaba al fondo, cerca de la ventanilla. Le fascinaba ver el paisaje urbano. En efecto,

una hora de trayecto daba para mucho. Al principio, el autobús recorría las calles estrechas de su barrio, con sus bloques de viviendas anticuadas, sus numerosos comercios y sus bares, donde los primeros trabajadores ya saboreaban el calor humeante del café. El movimiento era frenético en la plaza del mercado: como llegaban camiones de frutas y verduras listos para descargar mercancía, el autobús solía quedarse un buen rato bloqueado, lo que sacaba de quicio a más de una persona. Pero cuando lograba girar a la izquierda, cogía directamente la Gran Avenida, hacia el norte de la ciudad.

El cambio era progresivo. Empezaban a aparecer coches de marca, oscuros y elegantes, alrededor del autobús. Desde su posición panorámica, Paloma alcanzaba a ver la cara concentrada de aquellos señores vestidos con traje y corbata. Su padre nunca se había vestido así. Siendo maestro de obras, tenía que vestirse con la sencillez necesaria para no llamar la atención de los trabajadores y la dignidad suficiente para tratar con el cuerpo de arquitectos... Ahora ya no se divisaban humildes edificios jalando las ruidosas calles del centro, sino torres esbeltas de cristal brillante, rodeadas por alfombras de césped inglés. A Paloma le hubiera gustado subir por uno de aquellos ascensores, hasta la última planta, para contemplar la ciudad desde lo alto.

El final del trayecto atravesaba el barrio residencial de punta a punta, hasta la zona de los colegios. Las calles eran anchas, limpias y bien señalizadas. Por ellas, el tráfico era fluido. Se respiraba un aire mucho más puro que en el centro, debido a los preciosos parques que lle-

naban el lugar. Bloques de apartamentos de ladrillo rojo parecían diseñados para descansar la vista y hermoear el paisaje. Todos tenían jardines en derredor, con árboles frondosos y setos tan bien podados que dibujaban laberintos de belleza. A veces, una piscina reinaba en el centro, lienzo azulado donde se reflejaban los matices del cielo. Sin llegar a ser indiscreta, Paloma se sorprendía mirando el interior de alguna casa iluminada, y su atención se centraba en detalles de los que nadie se hubiera percatado: una alfombra, un cuadro, un sofá... A pesar de su ascendencia humilde, tenía el gusto muy refinado. Así que se quedaba absorta, como soñando. Sin embargo, se le formaba entonces un nudo en el corazón, pensando en su casa, y en sus compañeros de clase, que vivían todos a un paso del colegio. En cambio, le parecía que en el centro había más vida y que la gente de sus calles guardaba los secretos de la ciudad.

También en clase se sentaba junto a la ventana. Había elegido la primera fila. Curiosamente, era la más tranquila, pues los profesores nunca se fijaban en los sitios tan cercanos a su mesa. Siempre eran los de las últimas filas los que alborotaban. Paloma tenía sitio de sobra en su mesa para dos, ya que nadie se había sentado con ella. Así que había organizado su pequeño rincón con toda libertad: estuche, libros y cuadernos parecían salir por sí solos en función de las clases del día, para refugiarse luego en uno de los cajones de la mesa, o en la mochila si había deberes para el día siguiente. Ello le permitía no cargarla demasiado a diario. Efectivamente, el haber optado por el bachillerato de Humanidades había multiplicado

el número de libros, y reducido el número de alumnos. Como le comentara a su madre, tan sólo se había añadido una chica repetidora; es cierto que muchas habían elegido Ciencias, pero en aquel momento no se había sentido con fuerzas para decirle que Virginia y Marta ya no estaban con ella: como siempre se preocupaba... Lo malo es que se habían quedado los más gamberros. Eran los mismos de siempre, dos o tres chicos muy populares entre las chicas, que llegaban en moto por la mañana, jugaban en el equipo de básquet y se dedicaban a armar jaleo en clase. Pero a Paloma no le importaba: ya que se acercaba el momento de ir a la universidad, había decidido concentrarse más que nunca en los estudios, escuchar a los profesores y formar lentamente su personalidad futura.

Cuando llegó Chris, la profesora de inglés, ya estaban todos sentados. Lo primero que hizo fue comentar en su idioma las redacciones que le habían entregado la semana anterior. Al parecer, el nivel era bastante bueno, aunque había que mejorar algunos aspectos. Sobre todo, insistió en el hecho de que muchas construcciones sonaban muy españolas. El secreto estaba en ejercitarse a pensar en inglés. Por supuesto, lo mejor sería poder ir a Inglaterra, Irlanda o Estados Unidos en verano, escuchar canciones inglesas intentando entender la letra o ir a ver películas en versión original. Si les parecía bien, ella misma le pediría permiso al director para ir a ver de vez en cuando una película al salón de actos. O incluso al cine. Paloma sonrió, pensando en lo amable que se mostraba siempre

Chris, con esa manera un poco afectada de pronunciar las frases interrogativas. Articulaba mucho cada sílaba, se supone que con fines pedagógicos, a fin de inculcar en la mente de sus alumnos el verdadero acento inglés, tan difícil de reproducir para el paladar español. Todo lo cual daba a su persona un cierto aire cursi que los chicos se divertían en imitar.

Al llegarle el turno a Lara, la profesora la felicitó. Su redacción rozaba la perfección. Se notaba que dominaba el idioma y que le gustaba escribir. Además, se había pasado el verano en Londres, en casa de sus primos. Lo que contaba en la redacción con mucho desparpajo dejó a la profesora un poco sorprendida: “Los tiempos han cambiado”, pensó. Luego le preguntó a Lara su edad, y al contestarle ésta que diecisiete, se acordó de que había repetido, y concluyó que debía de ser algo dejada en las otras asignaturas, porque con un nivel así de inglés... Fue entonces cuando se abrió la puerta con estrépito.

Entró Miguel. Tras mirar a la profesora de arriba abajo, cruzó despacio la clase hasta su sitio, cerca de Fernando, en la última fila. Luego paseó la mirada alrededor para ver si estaba todo en orden, tras lo cual comentó riendo alguna cosa con su vecino. Toda su fisonomía delataba la fuerza de su carácter. Alto, de complexión robusta y gesto decidido, se mantenía siempre erguido, y cuando se sentaba, colocaba los brazos encima de la mesa como si fuera a echar un pulso con la vida. El pelo rizado tirando a pelirrojo llamaba mucho la atención. De entrada, se desmarcaba de la normalidad. Le daba incluso un encanto singular, agudizado por un rostro de rasgos

regulares y mandíbula prominente. Pero lo que destacaba por encima de todo eran sus pequeños ojos de color gris oscuro, que daban a su mirada una profundidad inquietante capaz de intimidar a todo el que se cruzara con ella. Precisamente por aquella mirada nadie le llamaba Miguel. Le apodaban “Lobo”.

—Llegas tarde.

—Me he quedado dormido.

—Ya van tres veces en un mes que interrumpes la clase.

—Tampoco es tanto.

—Pues a mí me parece demasiado.

—¿Por qué?

—Principalmente, porque vives a dos calles, y es una vergüenza que los que viven en la otra punta de la ciudad lleguen antes que tú.

—Ya te he dicho que me he quedado dormido.

—Por cierto, estaba devolviendo las redacciones del otro día... ¿Dónde está la tuya?

—No lo sé.

—No acostumbro a perder los trabajos.

—Ya sabes que no la hice.

—¿Y se puede saber por qué?

—Porque no me gusta el inglés.

—No es razón. En tu vida tendrás que hacer muchas cosas que no te gusten.

—¿Y tú qué sabes?

—Nadie escapa a las obligaciones de un trabajo o a la responsabilidad de una familia. Si has empezado el bachillerato, será para entrar en la universidad. ¿Qué te gustaría estudiar?

—Economía.

—Muy interesante. ¿Y qué te atrae de la economía?

—El dinero.

—Pues el dinero sólo se acerca a los que se esfuerzan en conseguirlo. Además, según tengo entendido, cada vez son más las universidades que imparten esta carrera en dos idiomas. El inglés es imprescindible para poder entrar en el mercado internacional. Ya sabes, las nuevas economías asiáticas, los proyectos de desarrollo, la globalización...

—Si pretendes impresionarme, déjalo.

—No pretendo impresionar a nadie, señor impertinente, pero si suspendes inglés en primero de bachillerato, me pregunto cómo lograrás estudiar una carrera bilingüe.

Entonces Miguel señaló a la profesora con el dedo índice a la vez que levantaba el tono de su voz para decir:

—Mira, señora miss Cursi o como te llames, mi padre dirige la mejor empresa constructora del país y le sobran recursos para pagarme la carrera que quiera, en el sitio que quiera y con el idioma que quiera; así que calla un poco, si no quieres acabar buscando trabajo en otro centro —y los ojos de Lobo se cargaron de odio.



Aquella tarde, al acabar las clases, Lobo, Fernando y Enrique fueron a tomarse una cerveza con limón a La Jaula. Eran los únicos en ocupar la terraza. El aire frío de otoño los hacía sentir más libres. Pero ninguno de los tres se quitó la chaqueta. La Jaula se encontraba en el centro de un pequeño bosque situado no lejos del colegio. Por ello, se llenaba constantemente de estudiantes y colegiales de todo tipo. Allí servían menús baratos y meriendas especiales. Tenían prohibido vender tabaco y bebidas alcohólicas a menores, pero hacían la vista gorda con los de bachillerato. Así se atraían a todos los jóvenes de la zona. En el sótano habían habilitado varios locales para cultura y ocio, a cambio de una módica suma de dinero. Tanto es así que se habían formado varios grupos de música, una compañía de danza y un grupo de teatro. Bastaba con inscribirse con antelación para poder ensayar una tarde entera en uno de los tres locales. En efecto, habían acondicionado uno especial para música, con paredes aisladas y aparatos electrónicos de amplificación; otro para danza y teatro, con tarimas, barra fija y espejo, y una sala

de estudio con biblioteca para los más aplicados. Aunque las más de las veces se transformaba en sala de reunión clandestina.

Fue allí a donde los tres bajaron después de terminar las cervezas, como siempre que querían hablar a resguardo. Una vez encendida la mezcla de tabaco y marihuana, se pasaban el canuto de uno a otro como si fuera la pipa de la paz. Lo cierto es que le daban profundas caladas, caladas semejantes a víboras negras que devoraran lentamente su joven cerebro. De tales reuniones salían los tres cada vez peor... ¿Hasta cuándo? ¿Hasta dónde podía llegar la decadencia? El caso es que tras una pequeña discusión —Enrique habría preferido ir al entrenamiento de baloncesto—, decidieron ir a robar a los grandes almacenes. ¿No eran los mejores del equipo? ¿No tenían los mejores fundamentos? ¿Acaso no serían titulares indiscutibles el sábado? Entonces, ¿para qué entrenar? En cualquier caso, si Enrique necesitaba dar la nota, que fuera solo. Era libre. Pero esta palabra en boca de Lobo se moría nada más pronunciarla, pues tan apremiante se volvía entonces su mirada que más valía no rechistar. Resultaba prácticamente imposible resistir a tanta presión, sobre todo para Enrique, que miró hacia abajo y acabó por ceder, diciendo:

—Vamos a robar.

Y Lobo sonrió, triunfante.

Así que recogieron sus mochilas, abrieron las ventanas para disipar el humo, subieron las escaleras a toda prisa y devolvieron las llaves al camarero. Enfilaron el sendero del bosque hasta la entrada, cruzaron por el co-

legio para ganar tiempo y cogieron el atajo para evitar los semáforos. Cuando desembocaron en la Gran Avenida, la puesta de sol los cegó por breves instantes, lo que les hizo bajar un poco el ritmo. De hecho, la luz agonizante fue la única en descubrir el malestar de Enrique.

Al entrar en los grandes almacenes, se encaminaron directamente a las escaleras mecánicas. En la tercera planta se hallaba la sección de música y vídeo. Se separaron como si no se conocieran de nada. Con la mayor naturalidad del mundo, Lobo examinó la carátula de un disco compacto que no tenía en su ya dilatada colección; abrió la carpeta que llevaba en la mano izquierda y lo metió dentro. En el espacio de veinte minutos, podía conseguir así dos o tres discos. Fernando prefería las películas de acción, con lo cual no se molestaban entre ellos. Recorría tranquilo los pasillos hasta que “daba con la buena presa”, su expresión favorita. Tras cerciorarse de que no lo miraban, introducía el DVD en su pantalón, a la altura de la cintura, y se marchaba. Decía que con una película se conformaba.

Enrique vio cómo se iban tan campantes. Como siempre, no había logrado robar nada. Cada vez que bajaba sin “captura”, tenía que soportar las burlas de Lobo, mientras Fernando se retorció de risa. ¿Otra vez iba a tener que pagarles la merienda? ¡Pues no! ¡Se acabó! Sin pensárselo dos veces, se dirigió al primer estante que se cruzó en su camino, cogió un disco compacto, abrió la mochila y lo metió dentro. Con el semblante ardiendo, aceleró el paso, tropezó con una señora a la altura de la caja y se esfumó escaleras abajo. Al cabo de un rato, dos hombres vestidos

de traje lo rodearon, instándole a que los acompañara sin demora. Muy alterado, con el corazón latiéndole a doscientos por hora, Enrique los siguió hasta una sala tétrica que le dio claustrofobia, y se puso a llorar. El agente que parecía mayor le dijo que no le pasaría nada porque la ley protegía a los menores de edad, pero que en caso de reproducirse el incidente, tendría que abrir un expediente, avisar a sus padres y ponerle una buena multa. ¿No tenía nada mejor que hacer? ¿Pensaba perder su juventud en la delincuencia? ¡Qué vida más triste!

Aquella tarde, cuando Enrique salió del edificio, algo había cambiado en su interior. En vez de volver a La Jaula, se puso a caminar lentamente en dirección a su casa, bajo la tenue luz de las farolas. La luna ensangrentada de otoño bañaba la ciudad.



El viernes las clases terminaban a las cuatro. Lara propuso a algunos compañeros que fueran a pasar la tarde a su casa. Movidos por la curiosidad de conocer mejor a “la nueva”, varios aceptaron. Se juntaron en la puerta del colegio y Lara los condujo radiante hasta su casa, un chalé a escasos diez minutos del centro. Les abrió la puerta una chica joven con acento extranjero, vestida de azul oscuro y delantal blanco. La verja daba directamente a un precioso jardín con flores tan bien cuidadas que los chicos se quedaron perplejos. Lara les explicó que el jardín era el refugio de su madre, y que en Inglaterra la jardinería era toda una institución. Lo malo era que en España llovía menos, por lo que había que regar mucho más.

Se sentaron alrededor de la piscina y se pusieron a charlar de todos los temas que fascinan a esta edad. Las chicas empezaron a comparar las tiendas de moda según la nacionalidad. Lara se moría por la moda americana, que consideraba juvenil, moderna y más natural que la de las grandes firmas europeas. Pero Valeria le decía que justamente las chicas de buena familia debían distinguirse